

que, situados en caminos y carreteras, llaman ventas ó ventorrillos, que tenía una rama de pino colgada encima de la puerta, y este letrero, que no dejaba de ser significativo:

### LA CITA DE LOS CONEJOS



### VII

### HISTORIA DE UN ÓMNIBUS,

DE UNA MORISCA Y DE UN ROSARIO

Esta primera aventura hubiera bastado para desalentar á muchas personas; pero hombres del temple de Tartarin no se abaten tan fácilmente.

—Los leones están en el Sur, pensó el héroe; pues bien, iré al Sur.

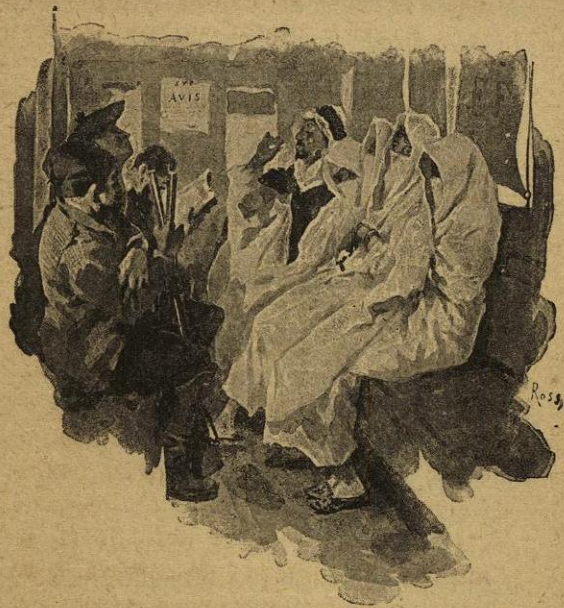
Y cuando acabó su desayuno, se levantó, dió las gracias al tabernero por su fineza, abrazó sin rencor á la vieja, vertió una última lágrima en recuerdo del pobre Negrito, y volvió apresuradamente á Argel á buscar su botiquín, sus conservas y sus cajas de armas.

Desgraciadamente, el gran camino de Mustafá parecía haberse alargado desde la víspera; hacía un sol y había un polvo insoportables; la tienda de campaña pesaba los imposibles; Tartarin no se sintió con valor para seguir á pie hasta la ciudad, y haciendo señal al primer ómnibus que pasó, tomó asiento.

¡Ah, pobre Tartarin de Tarascón! ¡Cuánto más le habría valido para su nombre, para su gloria, no entrar en aquel fatal carromato y seguir pedestremente su camino, aun á riesgo de caer asfixiado bajo el peso de la atmósfera, de su tienda de campaña y de sus pesados fusiles rayados de dos cañones!

Con la subida de Tartarin, el ómnibus quedó lleno. En el rincón del fondo, con la nariz metida en su breviario, iba un

cura, de Argel, de gran barba negra. Enfrente, un joven mercader moro, que fumaba gordos cigarrillos. Después, un



marinero maltés y cuatro ó cinco moras enmascaradas, envueltas en telas blancas, á manera de capuchones, y á las

cuales no se podía ver sino los ojos. Estas señoras venían de hacer sus oraciones en el cementerio de Abd-el-Kader; pero esta visita fúnebre no parecía que las había entristecido.

Se las escuchaba reír y charlar, murmurando bajo sus semi-caretas, comiendo bombones.

Tartarin creyó advertir que ellas le miraban mucho; una especialmente, que iba sentada frente á él, y que plantó su mirada en la del bravo tarasconense y no se la quitó de encima en toda la travesía.

Aunque iba la dama encubierta, la vivacidad de aquellos ojos negros, alargados por la sepia ó el k'hol, la belleza de la mano y de un antebrazo cargado de pulseras de oro, que de vez en cuando se dejaba ver por entre las tocas ó velos; el sonido de su voz, los movimientos graciosos, casi infantiles, de aquella cabecita, todo indicaba que debajo de aquellas telas se ocultaba una personilla adorable.

El desgraciado Tartarin no sabía dónde arrinconarse. La muda caricia ince-

sante de aquellos lindos luceros de Oriente le turbaban, le agitaban, le hacían morir. Tenía calor, tenía frío, alternativamente...

Para rematarlo, la diminuta pantufla de la dama, sin saber cómo, había llegado hasta sus botas, y allí había tropezado, y allí se removía como un ratoncillo inquieto, y se paraba con dulce presión, y volvía á moverse. ¿Qué hacer? ¿Responder á esta mirada y á esta presión? ¡Sí! Pero las consecuencias... ¡una intriga de amor en Oriente es cosa seria y terrible!... Y con su imaginación meridional, el valiente hijo de Tarascón se veía ya sorprendido, cayendo en manos de los eunucos, decapitado, ¡y algo peor que esto quizás! encerrado luego en un saco de cuero, y arrojado al mar su tronco y su cabeza, cada cosa por su lado.

Este espectáculo lo enfriaba un poco... Mientras tanto, la pequeña babucha continuaba su tarea de dulces pisotones, y los ojos de la vecina se abrían desmesuradamente, clavados en él como dos flores de terciopelo negro, y que

parecían decirle: "Cógeme ,, ó ,, cómeme.,,"

El ómnibus se paró. Estaban en la plaza del Teatro, á la entrada de la calle Bab-Azoun. Una por una, trabadas en sus anchos pantalones, ciñéndose los velos con gracia selvática, las moras bajaron del coche.

La vecina de Tartarin se levantó la última, y, al levantarse, su rostro pasó tan cerca de nuestro héroe, que casi le rozó, envolviéndolo con su aliento juvenil, perfumado de jazmines, de almizcle y de confites.

El tarasconense no resistió. Ebrio de amor y dispuesto á todo, se lanzó detrás de la mora... Al ruido de su correa-je, armamento y botas, la mora se volvió, puso un dedo sobre su media careta inferior, en el sitio bajo el cual se ocultaba la boca, como para imponerle prudencia, silencio, reserva, y con presteza, con la otra mano, le arrojó un pequeño rosario perfumado con jazmines. Tartarin de Tarascón se bajó para cogerlo; mas como nuestro héroe estaba un poco gordo, y además iba cargado con tanta im-

pedimenta, la operación fué difícil y más larga de lo que debiera.

Cuando logró levantarse, con el rosario apretado contra su corazón, la mora había desaparecido.





VIII

LEONES DEL ATLAS,

¡DORMID EN PAZ!

**L**EONES del Atlas, ¡dormid tranquilos en el fondo de vuestros retiros, en los álces y los cactus salvajes!... Por algunos días aún, Tartarin de Tarascón no os matará. Por el momento, todo su tren de guerra — caja de armas, botiquín, conservas alimenticias — reposa apacible-

mente embalado en la fonda de Europa, ocupando un rincón del cuarto número 36.

¡Dormid sin miedo, grandes leones rojos! El tarasconense busca á su mora. Desde la escena del ómnibus, el desgraciado cree sentir constantemente en su pie, en su enorme pie de trapense, los escarceos del ratoncillo; y la brisa del mar, al tocar con su semblante, siempre le trae á la memoria el perfume de confites y de anís mezclado á almizcle.

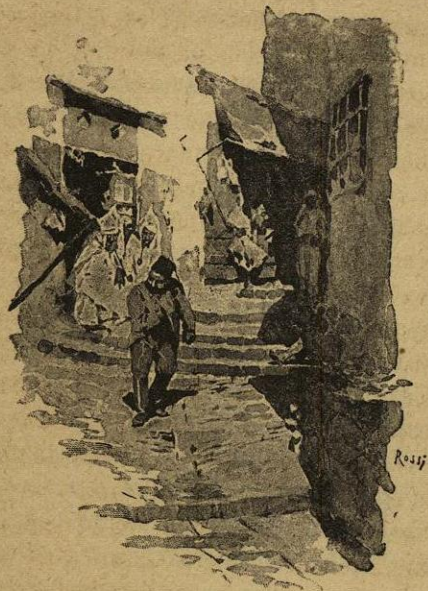
¡Necesita su mora! No puede seguir viviendo sin ella.

Pero no es negocio fácil encontrarla. Hallar en una ciudad de cien mil almas á una persona de la cual no se conoce sino el olor, la presión de un pie, al acariciar por este sistema, y el color de sus ojos. Nadie es capaz en el mundo, como no sea un tarasconense herido de amor, de intentar semejante aventura.

Lo terrible del caso es que todas las moras, envueltas en sus blancos trajes, se parecen; además, estas damas no salen nunca, y cuando se quiere verlas, es preciso subir á la parte alta de la ciudad,

á la ciudad árabe, á la ciudad precisamente de los *Teurs*.

Un verdadero laberinto de gargantas



y desfiladeros es esta parte de la ciudad. Callejuelas negras, sucias, estrechas, empinadas, cortadas á pico entre dos filas de casuchas misteriosas, cuyos techos se juntan al exterior, formando tol-

do á la calle y semejando ésta desiguales túneles. Puertas muy bajas, ventanillas cerradas siempre, tristes, con rejas. Y después, á derecha é izquierda, un montón de puertas, donde los feroces *Teurs* de cabezas de pirata, ojos blancos y dientes brillantes, fuman largas pipas hablan en voz baja, como si concertaran criminales golpes de mano.

Decir que Tartarin atravesaba esta ciudad formidable sin emoción, sería mentir. Iba, por el contrario, muy conmovido, y en estos callejones oscuros, cuya anchura no era más que suficiente para que el gran vientre de Tartarin pudiera deslizarse, se aventuraba nuestro heroe con todo género de precauciones, la vista en acecho, el oído alerta, la diestra empuñando la coz del revólver, oculto bajo la ropa que cubría aquel corazón tan grande. Ni más ni menos de como iba en Tarascón por las noches al Círculo. A cada instante esperaba que se le echase encima una banda de eunucos ó genizaros; pero el deseo de encontrar á su dama le daba alientos, audacia y fuerzas hercúleas.

Durante ocho días, el intrépido Tartarin no abandonó los barrios altos de la ciudad. Tan pronto se le veía plantado á la puerta de los baños moros, esperando la hora en que las mujeres salen por grupos, estremeciéndose y gozosas de sus abluciones; tan pronto aparecía pegado á la puerta de las mezquitas, sudando y soplando para sacarse las botas antes de entrar en el santuario.

A veces, cuando á la caída de la noche emprendía su excursión á la fonda, desesperado por no haber descubierto nada, ni en la casa de baños ni en la mezquita, el valiente Tartarin, al pasar por delante de alguna casa morisca, escuchaba el rumor de monótonos cantos, apagados sonos de guitarra, suaves golpes de pandereta ó tamboril y risas sofocadas de las bellas reclusas, haciéndole todo latir con fuerza y apresuradamente el corazón.

—¡Acaso está ella ahí! se decía.

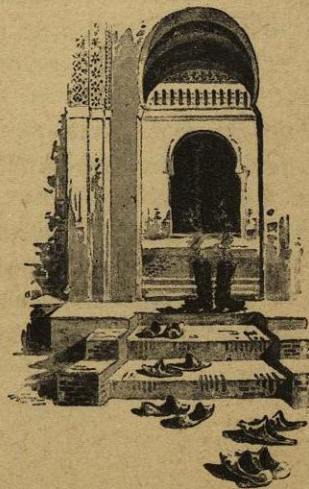
Entonces, si la calle estaba desierta, levantaba el pesado aldabón del postigo en tal cual puerta, y tímidamente lo dejaba caer. Las canciones se interrumpían.

pían al punto y cesaban las risas. Nada más se oía detrás del muro, á no ser leves cuchicheos vagos, como en una pajarera donde reinara el sueño.

—Preparémonos, porque me va á pasar algo, pensaba el héroe.

Lo que á menudo solía sucederle era que le caía encima de la cabeza algún jarro de agua, ó bien una lluvia de cáscaras de naranja ó mondaduras de higos de Berbería, ó un puñado de huesos de dátiles...

Y... nada más; nunca le pasó otra cosa. ¡Leones del Atlas, dormid todavía en paz!



## IX

## EL PRÍNCIPE GREGORY

DE MONTENEGRO

HACÍA dos largas semanas que el infortunado Tartarin buscaba infructuosamente su dama argelina, y es verosímil pensar que todavía la estaría buscando á estas horas, si la Providencia de los amantes no hubiera venido en su ayuda en forma de un caballero montenegrino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



He aquí cómo:

Durante el invierno, todas las noches de los sábados el gran teatro de Argel da su baile de máscaras, ni más ni menos que si fuese la gran Ópera de París. Es, por supuesto, el insípido baile de máscara provinciano. Poca gente en el salón, algunas perdidas de Bullier ó del Casino de París, vírgenes locas que siguen al ejército, hermosuras ajadas, arruinadas que emigran á su derrota, y cinco ó seis pequeñas planchadoras mahonesas que se lanzan á la vida alegre, pero conservando de su época de virtud el vago perfume del ajo, de las salsas y del estropajo mismo. El verdadero carácter del baile no está en el salón, sino en el fumadero, transformado por las circunstancias en sala de juego. Una muchedumbre febril se codea y aprieta en baturrillo allí, alrededor de largos tapetes verdes. Soldados turcos con licencia, que van á apuntar sus cuartos del prest ó del plus; moros comerciantes de los barrios altos; negros, malteses, colonos del interior que se han echado al cuerpo cuarenta leguas para venir á arriesgar á un *as* el

importe de un carro ó de un par de bueyes que vendieron en el mercado...; todos estremeciéndose, pálidos, con los dientes apretados, y con esa mirada especial de los jugadores, turbia, confluyente, y que llega á ser bizca á fuerza de fijarse, sin pestañear un punto, en la misma carta.

Más allá son tribus de judíos argelinos que juegan en familia. Los hombres llevan el traje oriental horriblemente adornado, con medias azules y gorros de terciopelo. Las mujeres, engreídas y descoloridas, se mantienen tiesas en sus ajustados petos de oro... Agrupada alrededor de la mesa, toda la tribu chilla, concierta sus jugadas, cuenta por los dedos y juega poco.

De cuando en cuando, después de largos conciliábulos, un viejo patriarca, con barba de Padre Eterno, se destaca del grupo y va á arriesgar el duro de la familia. Entonces, mientras duran las jugadas, un brillo siniestro de ojos judíos vueltos hacia la mesa, terribles ojos de amante negro que hasta hacen temblar las monedas de oro sobre el tapete,

y acaban por ir las atrayendo suavemente como con un hilo.

Después, querellas, batallas, juramentos de todos los países y todas las lenguas, cuchillos que se desenvainan, la guardia que sube, el dinero que falta...

En medio de semejantes saturnales había venido á perderse el gran Tartarin cierta noche, para buscar el olvido y la paz del corazón.

El héroe paseaba solo por entre la muchedumbre, pensando en su mora, cuando se oyeron gritos, dominando el tumulto, que partían de una mesa de juego próxima. Percibíanse claramente dos voces distintas irritadas.

—Os digo que me faltan veinte pesetas, caballero.

—¡Caballero!

—Después hablaremos, ahora...

—¿Sabe usted con quién habla?

—Quisiera saberlo.

—Pues con el príncipe Gregory de Montenegro, caballero.

Al oír este nombre, Tartarin, enteramente emocionado, separó la gente, viniendo á colocarse en primera línea del

corro formado alrededor de los que disputaban. ¡Cuán orgulloso y satisfecho se sentía de haber hallado nuevamente su príncipe, á este príncipe montenegrino tan fino y distinguido, que conoció apenas ligeramente durante la travesía!

Desgraciadamente, este título de Alteza que había desvanecido al buen tarasconense, no produjo la menor impresión en el oficial de cazadores con quien el príncipe mantenía la discusión.

—Ya sabemos algo..., dijo el militar en tono zumbón; después, volviéndose á los circunstantes, añadió enfáticamente: ¡Gregory de Montenegro! ¡Oh! ¿Quién conoce eso? Nadie.

Tartarin, en el colmo de su indignación, dió un paso hacia adelante:

—Dispense usted, conozco al Príncipe, exclamó con voz firme y con marcadísimo acento meridional.

El oficial lo miró un momento cara á cara y de alto abajo; luego, encogiéndose hombros:

—¡Bah! hemos concluído; vaya usted á compartir con *el Príncipe* mis veinte pesetas.

Y les volvió la espalda, perdiéndose en la multitud.

El fogoso Tartarin quiso lanzarse tras de él; pero el Príncipe se lo impidió.

—Dejadlo, no vale la pena.

Y cogiendo el brazo del valiente meridional, lo arrastró consigo rápidamente.

Tan pronto como se encontraron fuera, en la plaza, el príncipe Gregory de Montenegro se descubrió, tendió la mano á nuestro héroe, y acordándose vagamente de su nombre.

—Señor Barbarin...

—Tartarin, deslizó tímidamente el hijo de Tarascón.

—Barbarin, Tartarin, poco importa; pero, señor mío, de todos modos, entre nosotros, y en lo que me quede de vida, queda sellada una amistad eterna... por mí al menos.

Y el noble montenegrino le sacudió la mano con feroz energía. Que piensen mis lectores cómo estaría de hueco y rebosando orgullo nuestro héroe.

—¡Príncipe! ¡Príncipe! repetía pronunciando la palabra con verdadera embriaguez.

Un cuarto de hora después, ambos se hallaban instalados en el restaurant de "Los Plátanos,, agradable casa por las noches, y cuyas terrazas dan sobre el



mar. Y allí, delante el uno del otro, y ambos de una ensalada rusa, regada con lindo vinillo de Crescia, se reanudaron las relaciones.

No puede imaginarse persona más agradable que este príncipe montenegrino.

no. Delgado, con el pelo rizado perfectamente, es decir, rizado artificial, afeitada la barba, dejando el cutis apomazado á fuerza de tersura; condecorado con una serie de cruces extrañas, presentaba un aspecto singular y seductor, iluminado con el resplandor de sus vivos ojos, llenos de malicia, y animando su fisonomía con la manera insinuante de hablar el francés, con cierto acento italiano; todo lo cual le hacían parecerse á un Mazarino sin bigote. A poco de hablar con él, se advertía que era muy versado en lenguas latinas, y citaba á cada paso una sentencia de Horacio, de Tácito ó comentarios de grandes autores clásicos.

De antigua y distinguida raza, según decía, sus hermanos le habían desterrado á causa de sus opiniones liberales desde la edad de diez años, y desde entonces corría el mundo, tanto para instruirse como para divertirse, hecho un alteza filósofo... y ¡coincidencia singular! había pasado treinta y seis meses en Tarascón. Y como quiera que Tartarin se admirase de no haber tenido nunca la suerte de haberle visto, ni conocido, ni

encontrado en el paseo de la Explanada, el Príncipe repuso con cierto misterio y en tono evasivo:

—Salía muy poco.

Tartarin, por discreción, no quiso insistir, porque "todas estas grandes existencias están siempre rodeadas de algo impenetrable."

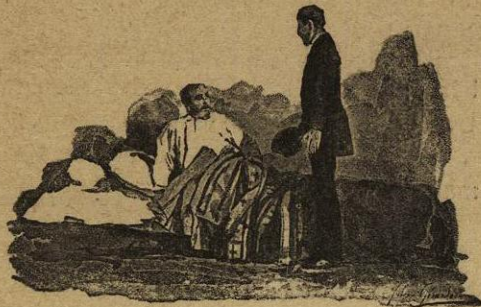
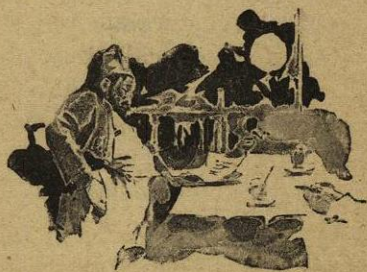
En resumen: que este príncipe Gregory era una excelente persona. Beborroteando el rosado vino de Crescia, escuchó pacientemente á Tartarin, que le refirió toda la aventura amorosa de su bella oriental desconocida. Después, como quiera que él conocía todo el país, tenía relaciones con toda clase de personas de las más distinguidas, se prestaba á investigar quién podía ser la bella, brindándose á favorecer aquellos amores, en fin, ¡qué menos puede hacer un amigo por otro!

Se bebió mucho en poco tiempo; se brindó por las bellas orientales, por las damas argelinas, por los futuros amores de Tartarin y por el Montenegro libre.

Fuera de la terraza, el mar se movía dulcemente, y las ondas sumergidas en

la sombra, batían la playa monotonamente, produciendo un ruido semejante al de trapos mojados que se sacuden al aire. El ambiente estaba cálido, el cielo cuajado de estrellas; en los plátanos cantaba un ruiseñor...

Tartarin pagó la cuenta.



## X

## DIME EL NOMBRE

DE TU PROGENITOR Y YO TE DIRÉ EL NOMBRE

DE ESTA FLOR

**D**ECIDME de los príncipes montenegrinos, y al punto levantaremos la caza.

Al día siguiente de la escena de "Los Plátanos," muy de mañana, ya estaba en casa de Tartarin el Príncipe.

— ¡Pronto, pronto, arriba, vístase!... ¡Ya pareció la moza!... ¡Se llama Baia: veinte años, linda como una hada, y ya viuda!